



MARÍA TERESA GONZÁLEZ JUSTO

Una historia
de entrega a los demás

Después del centro de acción antituberculosa de Villa Dolores en la capital o los hospitales de Sangre para las brigadas internacionales que aparecieron en plena guerra civil en Almassora, El Prat de Lluçena y las villas de Benicàssim en el espacio del Voramar, acabada la contienda el Gobierno se preocupó, con los decretos de 5 de agosto de 1939 y 30 de enero de 1940, de mejorar los antiguos sanatorios, construir otros nuevos y habilitar para este fin algunos hospitales, como el de Vila-real, acondicionando el viejo convento para sanatorio anti-tuberculoso, a cuyo cargo siguieron las hermanas de la Consolación.

Estaba en la calle del Hospital, junto a la casona de los franciscanos. Se conserva su fachada de principios del siglo XX y sobre la planta baja tenía un piso superior con varias grandes salas y enci-

ma de él una galería que daba a la misma huerta. La capilla era de corte barroco, de una sola nave; presidía el retablo una bella talla del Cristo llamado del Hospital, al que siempre han tenido veneración los vila-realenses. Lo que ha desaparecido es el púlpito que la monjita que hoy es nuestro ser humano hacía servir de *despensa*, en la que dejaba botellas de aceite o leche condensada que había ido pidiendo para sus pobres y enfermos.

En aquel tiempo, ocho hermanas de la Consolación cuidaban de los enfermos tuberculosos, con el doctor Antonio Damiá de director. El párroco arcipreste de la parroquia era el futuro Cardenal Tarancón, de tanta relevancia en nuestra historia.

LA VIDA

Francisca González Justo nació en Quintanar de la Orden, Toledo, el 11 de

febrero de 1921. Fueron sus padres, también manchegos, Martiniano González Chacón e Isabel Justo Torres, que tuvieron otras dos hijas, Angelines y Juliana.

—Nuestra villa se llama de la Orden—informaba de niña la siempre ingenua Paquita—, porque pertenece a la orden de Santiago de la Espada.

Dicen sus cronistas que la familia González destacaba por sus obras caritativas y por ser más de convento que de parroquia; eran conocidos sus miembros como los *conventeros*, muy amigos de los frailes franciscanos. Puede que fuera el motivo de la muerte brutal del padre de familia al comienzo de la contienda civil. Paquita, de 15 años de edad, presenció el fusilamiento de su padre y su vida se iluminó. Se alistó en la Cruz Roja para cuidar enfermos y heridos, visitó a los encarcelados de uno y otro bando y tuvo ocasión de consolar en su arrepentimiento a quien había disparado contra su padre. Ingresó en 1941 en la congregación de las hermanas de la Consolación y tomó el nombre de María Teresa de Jesús Crucificado. Estaba convencida de que el haber nacido el día de la festividad de Nuestra Señora de Lourdes le marcaba su vida de amor y entrega a los enfermos desvalidos.

Al ingresar en el noviciado que tienen las hermanas en el barrio de Jesús,

Enterrada en la capilla del colegio de la Consolación, esta monjita de vida sencilla y humilde que había nacido en La Mancha, tiene a su nombre una calle en el Castellón que crece por el sureste en torno al parque del Geólogo José Royo Gómez, entre Godofredo Buenosaires y la avenida de Chatellerault.

de Tortosa, le deslumbró la aureola de la madre fundadora, la beata María Rosa Molás —también con calle en Castellón— y su lema de *consolar penas y enjugar lágrimas*. Atrás quedaba ya la familia, sus amigas de Quintanar, los veranos divertidos en Torrevieja. Y en aquella casa de la Consolación todo lo envolvía un aire de cruzada, de exaltación religiosa, de sueños de martirio y de heroísmo a causa de la violenta persecución que había sufrido la Iglesia en España. Les enseñaron a no buscar venganzas, había que formar nuevos mártires de la obediencia, de la humildad y del apostolado. El *Directorio* a las novicias ya lo advertía: “No viniste a hacer tu voluntad, sino la ajena; no a mandar, sino a obedecer, no a ser estimada y regalada, sino despreciada y crucificada por Cristo y en Cristo”.

En 1942, para hacer el segundo año de noviciado, sor María Teresa fue destinada al colegio de la Consolación de Burriana, donde comenzó su apostolado y de allí pasó a Vila-real en septiembre de 1944, donde los enfermos de tuberculosis fueron el granero donde se volcó la monjita con su gran capacidad de sacrificio y de entrega. Eran años de hambre y cartilla de racionamiento y el sanatorio tenía carencias de alimentos y de medicinas. Así que la también conocida por *sor Alegría* tenía que buscar soluciones para todos los problemas, aunque fuera actuando por su cuenta.

En 24 de septiembre de 1946 regresó a Quintanar para efectuar allí la *profesión perpetua*. Y en noviembre de 1953 se incorporó al nuevo sanatorio de El Collet de Castellón. Su monumental entrega, su labor hospitalaria y religio-

sa, siempre con naturalidad lo sentí en mi piel hace unos días cuando tuve ocasión de visitar su habitación del sanatorio, donde falleció el 12 de octubre de 1967, a los 46 años de edad. Las paredes de la celda me devolvían el eco de sus lecciones de virtud y las palabras elogiosas de médicos, enfermeras, enfermos... Y la luz de aquellas dos cartas que por su cuenta escribió al Jefe del Estado para pedir que no se cerrara el sanatorio en momentos de apuro y de cambios, consiguiendo con ello la continuidad de una institución que cumple más de 50 años de existencia. Y sus palabras de ánimo a una compañera que decaía:

—¡No seas tonta, hagámonos santas!

El 17 de julio de 1982 se inició el proceso de beatificación y canonización de sor María Teresa González Justo, Paquita. ❖

NADA EXTRAORDINARIO

Sus biógrafos aseguran que la suya es una vida sin historia. El propio Tarancón dijo que sólo le llamó la atención su serena alegría y recordó lo que también se dijo de Santa Teresita en el proceso de su beatificación: “Nunca hizo nada extraordinario, pero hacía extraordinariamente bien todas las cosas”. Y que lo propio de los auténticos santos es hacer las cosas con sencillez, humildad, alegría, sin que los demás lleguen a darse cuenta del heroísmo que lleva consigo esa “normalidad”, entretejida de renunciadas y silencios, de sacrificios. Su familia recuerda ahora que era una buenaza, un cacho de pan, pero también algo simple y tímida, aunque alegre, simpática y risueña.